

A los mejicanos, las francesitas esas les gustan extraordinariamente, aunque no sea más que por la variedad, pues ese tipo de mujer esbelta y alta, de movimientos rápidos y algo ratoniles, de impresionabilidad muy pronunciada, de carácter bullanguero (hay que reconocer que los franceses lo hacen casi todo á paso de cancan), alegre y decididor aun en medio de las mayores contradicciones, aquella disposición constante para hablar y para reír, y aquel deseo constante también de agradar siempre, dan una nota muy distinta de la que proporciona la mujer mejicana, más á propósito para las dichas del hogar á puerta cerrada.

Y hay que convenir en que vienen francesitas muy monas, que todas ellas, aunque proceden de una clase social muy humilde, traen la elegancia hasta en los detalles menores, y que animan bastante la población, porque, créanme ustedes, donde hay una francesa todo está animado

Y aquí lo dejo, por no querer meterme en más profundidades. Yo creo que cada uno es muy dueño de hacer de su capa un sayo, ó lo que quiera, y quien dice de su capa puede decir de cualquier otra cosa que le pertenezca exclusivamente

Además, yo tengo manga muy ancha en ciertos asuntos, sobre todo, cuando no me tocan de cerca, y admito toda clase de modos de pensar y de hacer y los respeto, convencido como estoy de que, aunque un hombre viviese dos ó tres siglos y se los

pasase discutiendo con los sabios más sabios de la tierra, moriría aun dudando entre las varias opiniones y los varios sistemas de moral y de filosofía que se presentasen á su imaginación, sin haber podido formar un criterio fijo completamente, pues lo último sabido parece lo cierto, y sin saber á qué carta quedarse.

Únicamente comparezco y digo que esas francesas que vienen por aquí á dedicarse á labores de su sexo son muy monas, muy graciosas y muy simpáticas, y que como destacan y llaman la atención entre la gente por muchas cosas, eran dignas de que se las dedicase unos párrafos aparte, y se los dedico.

Y que merecen el respeto y la admiración de todo el mundo, porque saben trabajar y no necesitan de nadie para vivir, lo cual ya quisieran tener muchas mujeres y aun algunos hombres.

SI SOMOS POLVO

La Iglesia lo dice y á ella me atengo. Yo en esas cuestiones ni quito ni pongo rey, ni ayudo á nadie. Y como además lo dice la ciencia, que somos polvo, barro, de la mis-

ma materia de que están formados los demás cuerpos, ante dos entidades tan respetables como estas no hay más que humillar la cerviz y creer á pies juntillas.

Somos polvo . . . y la Iglesia que no se cansa de recordárnoslo, se apresura á insistir esa verdad después de las fiestas carnavalescas en las cuales parece que se peca mucho y desbarra todo bicho viviente hasta las personas más graves y tiesas. . . como si aquí hubiera Carnaval y nos divertiéramos en él, y tomase parte en la fiesta alguien más que cuatro aburridos, almas sencillas, que se van á hacer payasadas por la calle y cuatro señoritas de esas que no quiero nombrar por razones que con facilidad se comprenden.

En fin, ello es que después del Carnaval la Iglesia se apresura á sacarnos de las garras del demonio, por lo que pueda tronar. . . y viene el Miércoles de Ceniza, y nos muestra el polvo de que estamos formados y al que iremos á parar. . . . Esto es verdaderamente tétrico.

Puestodo me parece bien, encuentro muy en su punto el que se quiera apagar á fuerza de ceniza el fuego malévoló de las pasiones. Lo que no puedo explicarme es esa costumbre que aquí tenemos, ó que tienen los señores sacerdotes y hacen tener á los fieles, de marcarlos con la ceniza en la frente y hacer que salgan así por la calle.

Las víctimas del Carnaval son las muje-

res. Llega el susodicho miércoles y tienen que purgar los delitos que no han cometido dejándose marcar en la frente, como si fueran mulas del tranvía. Y ustedes perdonen la comparación y la franqueza, lectoras, pero no puedo perdonar que las marquen á ustedes.

No, y no es que quiera censurar las prácticas católicas, nada de eso. Pero en ninguna parte he visto que las señoras vayan por la calle luciendo la estrellita en la frente, como si fuesen Cenicientas.

Y hay varias formas y tamaños para este *tatuage*: unas en forma de estrella de más ó menos rabos, otras en forma de cruz más ó menos adornada, según la iglesia de donde proceden. Viene á ser como la marca de fábrica. Una señorita ó señora que lleva por la calle esa marca es como si llevara el pasaporte y la cédula de vecindad en la frente. Me dirán que esa estrella en la muchacha representa la patente de limpieza moral, la garantía, digámoslo así, como el símbolo y emblema de que durante el Carnaval no ha habido ningún acontecimiento notable. Pero si bien es verdad que cada uno lleva el honor donde puede, eso de que una persona vaya diciendo á todo el mundo ciertas interioridades. . . ¡Vamos, que no me resulta! Es como el que pregona por la calle la bondad de su mercancía.

Hay apreciabilísimas ciudadanas de la clase del pueblo libre, soberano, etc., que llevan la estrellita durante cinco ó seis días

en la frente, lo cual denota que el fervor religioso está muchas veces en razón inversa del grado de limpieza corporal. Y acaso sea eso para las jóvenes en estado de merecer un modo de pescar un novio, por las razones que más arriba expuse y por la garantía que presta, pero ciertas cosas creo yo que sólo deben decirse y hacerse en el seno de la familia.

De todos modos, resulta un espectáculo divertido, curioso y original el de ver el Miércoles de Ceniza á todas las mujeres luciendo ese *tatuage* simbólico por la vía pública, como si pertenecieran á alguna sociedad juramentada.

Somos polvo. . . es lo que quiere decirnos Nuestra Madre la Iglesia con esas manifestaciones y sale uno de allí repitiendo entre dientes sin querer: somos polvo, somos polvo. . . Y ve á una muchacha bonita, una de esas caras dulces y graciosas al mismo tiempo, con unos ojazos lánguidos y enormes, con la nariz picarescamente remangada para arriba, de esas caritas que se ven en Méjico, marcada con la estrella ó la cruz sobre la frente, y se acuerda en seguida de las advertencias de la Iglesia y dice para sí: esa muchacha es polvo. . . ¡qué lastima!

¡Y qué lástima, añado yo, que la estropeen la fisonomía con una mancha de carbón en la parte más noble, más bella de la persona, en la frente!

Yo no sé si esa costumbre será impues-

ta por los señores sacerdotes ó seguida voluntariamente por las niñas; pero ataca á la estética, y la estética es una señora muy digna de consideración, reconocida por la Iglesia misma, y á la cual se debe rendir todo el culto posible, mientras no sea en detrimento de la religión ó de la moral ó de las buenas costumbres, entre los cuales cráneos, no entra la de la estrella. Además, las buenas prácticas, aunque sean religiosas, no piden la ostentación, antes bien la rechazan para tener más mérito. Y por fin que hace un efecto muy raro el ver esas visiones por la calle.

Si la costumbre es adoptada gustosamente y sin presión alguna por las damas, permítanme que las repita las razones que más arriba expuse, que me parecen de algún peso, y no es porque las diga yo, puesto que yo no las he descubierto, y que á ellas añade una que de seguro ha de tener mucho más peso y mucha más fuerza todavía: ¡se ven muy mal con esos tiznajos, en la frente!

Yo no sé si les harán mella ó no; de lo que estoy seguro es de que no me harán maldito el caso, porque no tengo yo autoridad moral ni material para imponerme sobre nadie.

Y á última hora, quizás me digan que me estoy metiendo en lo que no me interesa; pero, señores, yo hablo como espectador que sale á la calle en esos días, como en todos, á admirar la hermosura de las muchachas y tengo mi derecho, cuando las

veo afearse con esas cosas, á llamarme á engaño.

FECUNDIDAD

Si Zola viniese por esta tierra, se quedaría encantado. . . . Porque aquel cuadro casi bíblico con que acaba su obra en el cual Mateo y Mariana ven reunidos alrededor suyo no sé cuántos centenares de hijos, nietos, biznietos, tataranietos, etc., etc., es un juguete, comparado con lo que podría copiar aquí del natural. Yo creo que habrá pocas razas en el mundo tan fecundas como la raza india de Méjico. . . .

El á los catorce y ella á los doce años, término medio, están aptos para procrear. Y eso aquí, en la Capital, á la que yo me estoy únicamente refiriendo, porque en los Estados de Tierra Caliente se pueden adelantar dos años á esta fecha sin temor de equivocarse. Y la fecundidad no se les acaba tan pronto como pudiera creerse, juzgando por lo que madrugan para empezarla. Ve usted indias de éstas por la calle, todas arrugadas, viejas inservibles, dando de mamar á la cría, y se asombra usted, primero, de que semejante mujer pueda aún tener hijos, y después, de que haya exis-

tido un cómplice con heroicidad bastante. . . . Bien es verdad que en esta cuestión debemos conceder al indio una buena cualidad, que es como la romana del diablo, entra con todas. El hombre es poco escrupuloso; con que haya medio de cumplir y hasta de excederse en el mandato aquel de Dios cuando echó al hombre y á la mujer sobre la tierra, ya le basta. Los demás escrupulosos son propios de nosotros, gente civilizada que tenemos ya adquirido un refinamiento vicioso, que estamos estragados hasta la médula de los huesos. . . . Yo les transcribiría aquí un refrán gráfico que pinta este estado de cosas, asegurando que para el indio, en plena obscuridad, todo es lo mismo; pero renuncio á hacerlo por cierta delicadeza y cierta timidez que me distinguen en todos los actos de la vida. Ello es que tienen muy buenas tragaderas y esto, naturalmente, contribuye á asegurar la perpetuación de la raza, la perpetración, pudiéramos decir, porque hay quien asegura, y yo no estoy muy lejos de seguirle, que el continuar esta raza es un verdadero delito. . . .

Otra cosa hay que la asegura, pero no sé si me atreveré á decírsela á ustedes. . . . Y ya que viene á punto, para ahora y para lo que hayan encontrado más atrás y pueden encontrar más adelante, he de dejar sentada una creencia. Creo que todo aquello que sea verdad, y además de ser verdad no lleve un fin pecaminoso ó se diga para

producir escándalo, ni perjudica á tercero, ni daña á las buenas costumbres, y si es que algunos ojos inocentes pueden sacar mal fruto de estas líneas, alterando su verdadero sentido y su verdadero fin, esos ojos tendrán otros que velen por ellos y les impidan tal lectura, y si hay casos en que esto no sucede, mucho lo siento, pero por miedo á los gorriones no se debe dejar de sembrar el trigo. Aparte de que tengo para mí que la malicia más radica en el que lee que en el que escribe, y siendo así, nada más pornográfico ni más perjudicial y corruptor de la inocencia que los Libros Santos, y hasta el propio catecismo. Lo mismo que hace tiempo debiera la sociedad haber prohibido la exposición de pinturas al desnudo. . . .

Sigamos con mi tema, que es la fecundidad y las aptitudes de fecundidad del indio. ¿Ustedes han oído hablar del gallo? Pues eso. Y como la institución matrimonial anda muy de capa caída entre ellos, á pesar de lo católicos que son, las uniones no suelen durar mucho. Al cabo de un poco de tiempo de unidos se cansan él de ella, ella de él ó ambos mutuamente y ella se va con uno y él con otra, y este cambio constante redundará igualmente en beneficio de la estabilidad de la raza. Y á mayor abundamiento, el indio no repara mucho en cuestiones de adulterio ni por lo que se refiere á ella ni muchísimo menos por lo que se refiere á él.

Abarca cuanto puede, y ya hemos quedado en que puede mucho.

Por su parte, ella es terreno muy á propósito, y hasta la configuración de su cuerpo parece indicarlo; bajita, pero con anchas caderas y bastante abultado el pecho.

Además de ser terreno á propósito, es terreno bien dispuesto y siempre. La india no es mujer de grandes pasiones, antes al contrario, es bastante fría. Por regla general toma esas cuestiones como quien toma un vaso de agua, con la misma indiferencia. Pero precisamente en esa indiferencia entra el abuso, porque aquello que no apasiona se hace con facilidad. . . . Si el comer gastase el organismo, acaso nos diéramos los grandes atracones, porque somos así de brutos, pero comeríamos menos veces. Y para las indias, que no se apasionan, que no gastan sus nervios ni sus afecciones en estos asuntos, resulta la cosa más natural del mundo. . . . La india escucha una proposición y por costumbre, por instinto, dice que no en seguida, se la repiten varias veces y dice que no, la suplican y dice que no, quieren llevar la proposición á vías de hecho y dice que no, la llevan y dice que no, y una hora después de pasado el incidente todavía dice que no. . . .

Yo no me explico cómo, con la alimentación tan exigua que tienen estos pelatos, son tan fecundos. Acaso consista en que el maíz, base y elemento principalísimo de ella, contiene grandes elementos nutritivos

y fortificantes, al mismo tiempo que cualidades afrodisiacas.

El caso es que ve usted por la calle una mujer joven aún, aunque muy estropeada porque la frescura en ellas y la belleza es un relámpago, rodeada de chiquillos de todas edades y tamaños, pero con muy poca diferencia entre aquellas, con la indispensable necesaria. En pocas capitales creo yo que se vean tantos chiquillos. En cuanto sale uno de las calles céntricas es una verdadera plaga, un motón de pequeños sucios, harapientos, medio desnudos... Aquí debió estar Becquer cuando hablaba del fecundo lecho de la miseria.

Finalmente, y para que todo venga en apoyo de mis aserciones, aquí es muy raro, rarísimo el infanticidio, tan raro que no pueden tomarse en cuenta los casos que de él se dan alguna vez que otra, muy raro también el aborto provocado, y completamente desconocidos esos medios preventivos que usa casi todo París

¡Algo habíamos de ir ganando con no tener una civilización tan refinada!

POR LA CALLE

Al irse desenvolviendo esta ciudad en sentido progresivo, tomó mucha parte, casi toda, del aspecto europeo. . . . pero todo se acaba en este mundo; el estilo europeo tiene que acabar muy pronto, arrojado por el yanqui, que es ahora el que está en alza. . . .

Como es natural, la influencia española está aún predominante, y tendrá que serlo aún bastante tiempo. No es fácil quitar de golpe y porrazo las costumbres y el modo de ser de un pueblo, si con ellos dió sus primeros pasos en la civilización.

Y donde más se refleja esta influencia es en el orden arquitectónico de la población, cuyas calles guardan, todas las que no son de moderno nacimiento, algún edificio de la época colonial, más ó menos desfigurado por el tiempo y por las composturas y añadidos que ideara el capricho de sus poseedores. Estó sin contar con los edificios públicos, de los que casi todos son construidos en aquella época. Y aparte de esos, los que, hechos entonces para que sirviesen de conventos, se han aprovechado después para oficinas del Gobierno y para las necesidades fiscales. Quedan también muchas fuentes, canales y puentecillos de los que unían las calles, como testimonio de aque-

lla dominación y para dar un poco de carácter español antiguo.

Mas, fuera de tales remembranzas y del idioma, que á la fuerza tiene que ser un lazo fortísimo de unión entre las costumbres de aquí y las de allá, en lo social y en lo artístico, obedecemos y vivimos de las corrientes francesas, que por regla general suelen venir algo atrasadas y cuando ya han dado de sí todo lo que podían dar en el país de su origen.

Pero últimamente los que se imponen, los que llevan la de ganar en este negocio, son los yanquis. . . . Ellos han sembrado su influencia desde el aspecto social en Méjico, hasta el punto de que los jóvenes lagartijos empiezan á dejarse el pelo á estilo yanqui, á afeitarse á estilo yanqui, y otras monadas por el estilo. . . . Y ya la moda consiste en tomar bebidas yanquis en las cantinas, en comer platos yanquis en las fondas, en fin, en *yanquizar*nos, valga la palabra, todo lo posible. . . . Y desde el aspecto comercial é industrial, la influencia más decisiva es la norteamericana, eso que ni decir tiene.

Supongámonos entrando en Méjico por la estación del ferrocarril Nacional, para salir en seguida á la Reforma, uno de los paseos más bonitos acaso del mundo, por lo largo, lo amplio y lo derecho. Y sería más hermoso aún si no le afearan dos cosas: las zanjas de agua sucia que corren á sus dos lados y las estatuitas esas coloca-

das de trecho en trecho, que por su ridículo tamaño y por sus pedestales más ridículos aún, están dándose de puñetazos con la grandeza del paseo y haciendo un papel muy triste, y pidiendo á gritos que se las lleven á algún parquecito inglés ó á algún jardín de casa particular, donde caerían muy bien para adornar una calle enarenada.

Ese es el paseo de los elegantes modernos, donde vanse construyendo los hotelitos particulares. . . . Y á fe que no merecen muchas felicitaciones sus dueños, ni los ingenieros que levantaron los planos de dichos hoteles. Quitando alguna que otra excepción, hay en ellos muy poco gusto, y en general, una ausencia completa de todo plan ó estilo arquitectónico. En los de construcción más moderna domina el gusto americano, el gusto yanqui, que es la peor desgracia, porque resulta como si dijéramos que en ellos no hay gusto de ninguna clase.

En días de trabajo, cuando las tiendas y todos los comercios están abiertos, es cuando se puede ver con toda claridad el influjo que los yanquis han conquistado aquí y el que conquistan, porque son incansables y en poniendo la puntería á una cosa ya no la quitan ojo, y es cuando se puede estudiar esa mezcla extraña de aspecto que guarda esta población, aspecto castellano por una parte, andaluz por otra, pues si las iglesias y varios edificios públicos corres-

ponden al primero, la disposición de las casas antiguas, con gran patio en medio, lleno de flores y azotea con barandal, se refiere al segundo; el estilo español, en fin, pero español antiguo, mezclado con el sello yanqui, incoloro, feo, pero práctico para las necesidades de la vida.

Toda la fila de calles, desde la Reforma hasta la Plaza de Armas, lo más animado, lo más limpio, lo más elegante de la ciudad, está llena de comercios yanquis. Entre los letreros, abundan mucho más los escritos en inglés que los que lucen la construcción del idioma cervantino. Vense los pisos bajos dedicados á librerías, agencias de periódicos americanos, objetos de arte, curiosidades, zapaterías, géneros, sombreros, cantinas, peluquerías, etc. En los entresuelos, compañías de minas, de seguros, de banca, representantes de maquinaria, ingenieros, electricistas, casas de comisiones y representaciones de varios artículos en general. Parte en esas calles y parte en las adyacentes, se ostentan las oficinas de ferrocarriles y de express, todo yanqui. A consecuencia de esto y de ser esas calles las de más tránsito por su situación, por haberlas preferido la sociedad elegante para el paseo y por estar en ellas los comercios de lujo, se ven generalmente llenas de yanquis de ambos sexos, que hablan alto y en su idioma, empujan á todo el mundo sin reparo, para pasar; pisan al que se pone por delante; llaman ellas la atención

por sus trajes y su tocado, y andan, en fin, por la ciudad, como por tierra conquistada. A ciertas horas del día en esas calles se oye hablar más inglés que español; únase esto á los letreros en inglés que se ven cubriendo las fachadas, porque están llenas de ellos esas calles, y llega uno á formarse la ilusión de que pasea, no por la ciudad de Méjico, la antigua capital de la Nueva España, sino por el barrio más concurrido de alguna ciudad yanqui de segundo orden. "Lo cual," que lo mira uno con cierta extrañeza, reflexiona sobre ello y dice para sus adentros: ¿á dónde va á parar esta gente?

Y al salir uno de sus meditaciones ve, en medio del bullicio aquel de gente que va á sus negocios y de gente que pasea, en medio de los coches particulares que atraviesan el arroyo, en medio del lujo, de lo elegante, de los trajes de seda de las damas, de los grupos de niños gomosos, en medio de los escaparates llenos de joyas, de telas, de objetos ricos y brillantes, á la clarísima luz que arrojan, mezclándose, los focos voltaicos de la calle y los focos incandescentes de los comercios, en medio de la calle, en fin, pasar por entre la muchedumbre una pareja de indios, macho y hembra, porque cuesta trabajo decir varón y mujer, con el pelo poco menos largo él que ella: él cubierto y ella la cabeza al aire, toda desgñada y con los mechones cayéndole sobre la frente y á los lados, el

cutis cobrizo, negro, chorreando miseria y suciedad; de baja estatura, vestidos, desnudos más bien, con un pedazo de tela muy gruesa atrás y otro delante, al aire la pierna y el pie y el pecho y los brazos ella, rodeados de cuatro ó cinco chiquillos de ambos sexos, en igual guisa, de los cuales los mayores llevan á los pequeñitos á la espalda, cargados los padres con "huacales" ó cestos de huevos ó de carbón y hablando á gritos su dialecto, de un tono servil y dulce. . . .

¡OH, LA PRENSA!

Según dicen los que entienden de esas cosas, la prensa es un *sacerdocio*. . . . y si vieran ustedes cómo andamos por aquí de sacerdotes. Otros afirman que es el cuarto poder. . . . y yo lo que veo es que aquí no puede nada.

Ustedes tienen la idea esa común y anticuada del periodista, un hombre dedicado al público, llena la cabeza de ideas nobles, de principios de moralidad, de principios de sociología, de principios de recititud, de principios de economía. . . . política, porque la doméstica se la hacen tener las circunstancias, en fin, lleno de una

barbaridad de principios. Yo no sé si los tenía en sus mocedades, cuando era alma sencilla y se quejaba de las miserias mundanales, pero crean ustedes que no pasó de los principios, y que los abandonó en seguida para emprender el fin. Y el fin es coger la pluma para enhebrar un artículo con un hilo cualquiera, y salga lo que salga.

Antes de que me salgan también ustedes al paso, diré que aquí, como en todas partes, tenemos verdaderos talentos, hombres de estudio, de inspiración, de ciencia, de nervio, de sentido común, de ideas elevadas; pero ¡ay! esos no escriben. Porque una de dos, ó permanecen independientes de criterio, que son pocos, y entonces de ninguna manera y por ningún concepto les conviene escribir, ó se arriman al sol que más calienta (éstos son los más) y tiran la pluma en un rincón á cambio de un destino, y si acaso la toman alguna vez es para escribir lo que no sienten, lo que les mandan y así sale ello. . . .

De modo que los que dirigen la opinión pública, los que ilustran las masas, los que ejercen ese sagrado sacerdocio, son muchas veces unos chicos que no ven más allá de sus narices. . . . ¡Pero si hay algunos que se visten de sacerdotes de eso y apenas si llevan camisa limpia! ¿Qué sacerdocio y qué ilustración quieren ustedes que sea, ni cómo, con la camisa sucia

y sin ortografía, se va uno á poner á dirigir á las masas?

El «proceso» del periodista suele ser como sigue: el chico, apenas ha cursado la primera enseñanza, siente un fuego interno en su ser que le lleva á pasos agigantados hacia el monte Helicón. . . . El chico no va, por de pronto, y el monte le sigue llamando, y el chico, al fin, empieza á responder. Pero no se va al monte, que es donde sus aptitudes tendrían una completa aplicación, sino que se queda en su casa. Tampoco sigue los estudios, porque para llegar á donde él se ha propuesto, los estudios son un estorbo. ¡No podría ser periodista!

Para empezar, el chico le hace unos versos á la luna, otros á algún héroe de la independencia y otros, por último, á su novia. Los lleva á un periódico, donde algún redactor ó algún cajista son amigos suyos, y allí, á fuerza de súplicas, les corrigen las faltas de ortografía; el redactor que sabe de eso, les quitan y ponen sílabas á los versos que las tengan de más ó de menos, y van por fin á las cajas. Ya entró el muchacho en el gremio, ya es *sacerdote*. Entonces se dedica á componer versos á todos los objetos animados ó inanimados que encuentra por delante, pero como eso no produce las emociones de antes, y como menos produce dinero y el muchacho lo necesita, tras de andar rondando muchas redacciones, queda admitido en un periódico de poca monta, donde tiene la obligación de hacer todo lo que haga falta, desde los artículos de fondo hasta las noticias de policía, y unos versitos para la plana literaria semanal.

215

Y APUNTES DE MÉJICO

Ahí comienza el muchacho, que ya á fuerza de escribir casi ha aprendido ortografía, á sentirse verdadero sacerdote, á hablar de «nuestro deber de periodistas honrados» y á creer en la «noble misión del periodismo» y á contemplarse como el auténtico regenerador de la sociedad. Casi le dan ganas de anunciarlo por ahí como quien anuncia un específico, diciendo: señores, yo soy el único, el verdadero, yo me traigo los medios para salvar la sociedad; ¡eviten las falsificaciones! Y empieza á soltar artículos hablando del cráter social, diciendo que esto se ha perdido, que estamos sobre un volcán, que caminamos á pasos agigantados. . . .

Poco á poco, al muchacho se le van quitando esas manías regeneradoras, lo mismo que se le va debilitando el numen poético, porque pasan las ilusiones y el dinero no viene. Entonces decide lanzarse al periodismo moderno, á ese periodismo asqueroso, según él, que no admite romanticismos, ni idealismos, ni lirismos, en fin, que no es lo mismo. Y se cuelga en otro periódico de más circulación; debido á su «ya larga práctica del periodismo,» se le admite en seguida. Y allí empieza á hablar de toda clase de asuntos económicos, sociales,

políticos, agrícolas, literarios. . . . lo que haga falta, todo por treinta pesos al mes.

Y ahí tienen ustedes un periodista, un sacerdote, un salvador de la patria, un hombre, en fin, que pulsa la pública opinión. Váyanse figurando las notas que se podrán arrancar á la opinión pública con semejantes pulsaciones. . . . ¡Ayes de dolor es lo único que se le arranca!

Bueno, pues no son estas sólo las lindzas que tenemos por acá. Verdad es que en la prensa del Gobierno, la única que sale de esta regla un poco, porque es la única que paga medio bien algunas veces, y cuando menos ofrece garantías de pago, se suelen encontrar algunas excepciones, pocas, no crean ustedes, pero una golondrina no hace verano. . . .

Ahora vean ustedes la unión, el compañerismo, la solidaridad de esta prensa. No se pueden ver unos á otros. En cuanto alguno de ellos cae en la cárcel por delitos de imprenta, sus compañeros son los que antes se alegran. En casi todas las partes del mundo, si á un periódico le sucede un percance de esos, los demás chillan y protestan, le ayudan, se reúnen, buscan los medios de sacarle de esa situación, alborotan al pueblo que les lee, arman atmósfera y hacen un escándalo. . . . Aquí lo más que el periodista preso puede pedir á sus compañeros, es que se callen, que no digan nada, porque si se echan á hablar del asunto, algunas veces ha sido para echar más

leña al fuego, para pedir que se castigue con todo el rigor de la justicia al delincuente, para insultarle y afeor su conducta, si el preso es de contrarias ideas y su periódico de programa distinto. . . .

Pues ¿y las discusiones entre dos periodistas, entre dos periódicos que piensan ó les conviene pensar de diferente manera? Hombre, si eso es de lo más curioso que hay. . . .

«El Defensor de la Humanidad,» por ejemplo, publica un artículo diciendo que el funcionario de tal parte es un modelo de gobernantes, una especie de premio gordo que les ha caído á los gobernados. . . .

«El Chismoso,» que es periódico de oposición, amigo y salvador del pueblo, según él, coge ese artículo y va y le contesta diciendo que todo eso es mentira, que el tal funcionario es peor que la bubónica, por esto, y por esto, y por esto.

«El Defensor de la Humanidad,» así, con mayúsculas, contesta en un artículo que empieza así:

«Hemos visto en «El Chismoso,» libelo indecente que ve la luz pública en esta capital, por desgracia, un artículo en que se pretende destruir las indiscutibles razones que dábamos en el nuestro. Parece mentira que una persona como el director de ese periódico, que tiene las narices torcidas y además cojea un poco del derecho, se atreva á atacar con tan inaudito cinismo al digno funcionario Sr. X., al que dicho director

le debe diez pesos y una comida con que le obsequió un día de fiesta. No nos han de hacer mella los argumentos de ese periódico, porque sabemos que su director es muy bruto y sólo quiere hacer *chantage*. Seguiremos nuestro camino de periodistas honrados y no descenderemos nunca al camino de los insultos, propio de periódicos como ese, cuyo director fué carpintero en sus mocedades y da á sus redactores un sueldo máximo de quince pesos al mes y todavía no les ha pagado la quincena pasada.

«El público sensato sabrá dar razón á quien la tenga.»

Por su parte «El Chismoso» contesta lo siguiente:

«Por un momento nos permitirán los lectores que dejemos nuestra gracia habitual y no les hagamos reír como de costumbre. Tenemos que decir al señor director de «El Defensor de lo Humanidad» libelo que ya conoce todo el mundo, por su falta de vergüenza, que si nuestro director tiene un defecto en el pie derecho, en cambio al suyo le engaña su señora. Nosotros no cesaremos jamás en nuestra sagrada obligación de defender al pueblo contra los atropellos de sus gobernantes, y lo que escribimos con la pluma lo sostenemos de todas maneras. El director de ese periodicucho, que apenas tira mil ejemplares, es pagado por el Gobierno, y además tiene relaciones con la querida del funcionario X, por cuya

razón no puede escribir con la debida libertad ni con la debida decencia. «Suplicamos á ese señor que antes de escribir y de ser tan animal, se acuerde de la entrada que tuvo en la cárcel un día por borracho y use lentes de color para que no se le vea el estrabismo, porque le cae muy mal. Por lo demás, nosotros tenemos la conciencia tranquila y no hemos de ponernos al mismo nivel que ese periódico, cuya conducta necia y cuya falta de sentido común conocen ya nuestros lectores.»

Ustedes podrán figurarse todo lo que la nación va ganando con estas polémicas, que no acaban en nada trágico, como pudiera suponerse, sino que, después de durar varios días, cuando ya se han sacado á colación los defectos físicos, la vida privada y los disgustos en el seno de la familia, se encuentran una vez los dos directores y se juran que no han querido ofenderse uno al otro y entran en una cantina á tomar la copa juntos.

Bromas aparte, quitando las exageraciones de mi fantasía, es lo cierto que aquí las discusiones de los periódicos acaban todas sacándose á la cara los defectos personales ambos escritores, como si no se pudiera defender una buena causa teniendo, por ejemplo, un lobanillo en un ojo. . . .

Unan ustedes á esto, y á que se mete á periodista cualquier cajista algo ilustrado y en seguida forma cátedra, unan ustedes á esto, digo, el que ninguno ayuda al otro, el

que está cada cual esperando la ocasión de fastidiar al contrario, el que no se reúnen, el que no estudian, el que no se ilustran, el que no forman una entidad moral, y díganme ustedes cómo la prensa va á ser temida por nadie, ni cómo va á ser respetada, ni cómo la van á colocar en el digno puesto que le corresponde.

Muy al contrario, el periodista aquí, si no es más que periodista, no va á ninguna parte, ni tiene puesto en la buena sociedad, ni se trata con las personas del Gobierno, ni recibe impresiones más que en la calle ó en la cantina, ni viste muchas veces con corrección, ni tiene ropa negra.

Un periodista es un ser aparte en la sociedad, un bicho raro, al que se mira con curiosidad y con miedo, no vaya á dar un sablazo, del cual sólo se acuerda uno cuando necesita «poner un párrafo» y entonces va á verle y antes de hacer la súplica le enseña un billete de cinco pesos, al cual sólo se invita á comer en una casa cuando se pretende que al otro día hable el periódico de la fiesta «á la que fuimos galantemente invitados» y les ponga, vengan ó no á pelo, un adjetivo á la señora de la casa, otro al señor y otro á los chiquitines . . .

En fin, señores, que aquí hay periódicos, pero no hay prensa.

Y yo he visto más de una vez lo que en ninguna parte se ve. Enzarsarse dos periódicos en una discusión, descender, como siempre al terreno personal, insultarse los

directores ó redactores de lo lindo y después ir el de uno ante un juzgado, acusar al otro por difamación é injurias, meterle en la cárcel y seguir el proceso.

Creo que después de esto ya no me pedirán ustedes más detalles. . . .

Por supuesto, que tenemos talentos suficientes, plumas de verdadero mérito, escritores que podrían hacer una prensa digna, pero. . . . esos son los que no escriben. Se dedican á otros asuntos de más utilidad y provecho.

LA VIDA POR NADA

Los filósofos cristianos están á cada momento inculcándonos el desprecio hacia esta vida miserable, llena de flaquezas, de ilusiones no realizadas, de desengaños, etc. Los poetas melancólicos nos dicen á cada momento que quieren morir, que ya no pueden llevar el alma á cuestras. Pero unos y otros defienden el pellejo hasta lo inverosímil, y cuando se trata de defender esta vida tan amarga y tan despreciable, el instinto de conservación les dicta sacrificios y heroicidades hasta lo increíble.

Pues los pelados, sin predicarla ni comprenderla, practican admirablemente esta indiferencia para la vida. El instinto de con-

servación lo deben tener bastante amenguado, y el espíritu de las leyes humanas y divinas no ha entrado en ellos ni un ápice. Con la misma naturalidad matan que mueren, considerándolo como la cosa más sencilla del mundo, como si vivieran en un país donde no existen códigos ni penas para el que priva á otro de la vida. La cárcel no les asusta en lo más mínimo, porque gente de tan exiguas necesidades, de ninguna ambición y de una total carencia de ideales, y casi, casi de ideas, en la prisión están como en cualquier otro lado, mientras tengan la comida asegurada, y allí donde les colocan y les dan de comer, allí se quedan, sin meterse en más averiguaciones.

Tampoco sienten inquietárseles lo más mínimo su conciencia. No saben lo que son remordimientos, no tienen sentido moral ninguno, ni saben lo que es el mal ni lo que es el bien. Si el cura les riñe ó les afea una acción, se quedan tristes porque desagradaron al cura y temerosos porque puede caer sobre ellos la cólera de Dios; si las leyes les castigan, no comprenden la razón del castigo, ni se paran á pensarla. No ven sino que unos señores que pueden más que ellos y que les quieren mal les mandan á la cárcel por tanto tiempo, y lo ven como una cosa fatal, irremediable. Piensan que aquel negocio les salió mal, y no se detienen á pensar otra cosa.

Se matan porque sí, por la cosa más fú-

til y de menos importancia. Porque uno se empeñó en que otro le pagase una medida de pulque y el otro se negó al convite, porque empezaron á discutir amigablemente sobre cualquier punto y no se pusieron de acuerdo, aunque el asunto no les importaba un pimiento, y de la discusión pasaron á la riña, porque uno negó cualquier calidad buena al otro, porque simplemente tenían gana de pelea, porque, en fin, se conocieron dos individuos y se parecieron antipáticos al conocerse. . . .

Un pelado sale de una pulquería, va por una calle, está en un sitio público cualquiera, y se le antoja decir que él es «muy hombre;» otro pelado que háy allí lo escucha y le fastidia que aquél «se las eche de lado» y le contradice porque sí. Empiezan los insultos y termina la cuestión á cuchilladas. Es la primera vez que se han visto, no tenían ningún motivo de resentimiento el uno para el otro, y no obstante han reñido hasta quedar tendidos en el suelo. . . . la fórmula de «yo soy muy hombre» es la que más víctimas ocasiona. Nunca falta quien le conteste al que la dijo:

—Usted es. . . . tal.

Y ya se armó. Ya tienen los periódicos al otro día una muerte más entre sus noticias.

Pues todavía el homicidio suele tener menos pretexto y más pequeña justificación. Un pelado, con alcohol demás en el cuerpo, ó en su sano juicio, sale un día de cualquier

parte dispuesto á matar á un hombre y provoca al primero que encuentre. Otras veces no media la provocación. Encuentra á uno, le pregunta quién es, y antes de recibir contestación, le hunde el cuchillo. Lo ha hecho porque sí, porque ya anunció que iba á matar á un hombre, porque le dió la gana. . . . A las veces, sobre todo, cuando hay alcohol de por medio, una simple mirada, un gesto, una contestación cualquiera, causan la muerte de un individuo. El pulque los embrutece, los embota, cuando riñen movidos por él, riñen por estupidez nada más. El aguardiente encima del pulque los excita, les vuelve fieras sangrientas. Los homicidios sin riña obedecen casi siempre á una borrachera ó á un estado de alcoholismo constante. Son los menos frecuentes, sin que dejen de suceder con frecuencia. Pero las riñas con final de cuchilladas suceden á todas horas. . .

Cualquiera creería que esto es producto de un temperamento excitable, nervioso, una sangre caliente. . . . Y no hay eso. Nada más frío, más imperturbable que el indio éste.

Nunca lucha con otro por una pasión impetuosa, no las conoce. Y sin ser calculador, porque no calcula para nada, es frío, incommovible, tiene algo del fatalismo árabe.

Prueba de ello: las riñas en estado normal de dos pelados, esas riñas que aparecen á lo mejor por unos pretextos ridículos, nunca son rápidas; antes al contrario, tar-

dan una hora insultándose, descansan, vuelven sobre el mismo tema, hasta que al fin la emprenden ya formalmente.

Comienza la cuestión por cualquier cosa, como ya hemos dicho, y á las primeras de cambio sale á relucir la familia, la inevitable familia, de la que el miembro principal es la madre. Están hablándose de las mamás respectivas cerca de una hora, sin alterar la voz, ni el semblante, ni nada, como si estuviesen bromeando; el que les vea y no les conozca, creerá que se trata de una chanza sin consecuencias.

Suelen dejar la cuestión en ese punto y hora, y entonces parece que ya acabó todo, pero después, con el menor pretexto, ó sin pretexto alguno vuelven con más ganas, y al cabo de un poco de tiempo de dimes y diretes y de insultos mutuos, llega la hora de sacar á relucir los cuchillos. Se lo ponen en la derecha, mientras defienden el cuerpo y paran los golpes con la manta ó el sombrero colocado en la izquierda. . . . y del resultado final toma nota la policía.

Pero todo esto lo hacen sin una voz más alta que otra, sin alterarse para nada, con la misma sonrisa que acompañó á las primeras palabras de la reyerta estereotipada en los labios, sin moverse apenas más que lo preciso, sin exhalar una queja, como si jugasen. . . . Puede usted estar viéndoles desde lejos sin adivinar que va la cosa de veras. . . . Y mueren y matan como la cosa más natural del mundo, sin sentirlo, sin

quejarse, porque son «muy hombres,» con una resistencia y una pasividad que asombran. . . .

No hay en el indio más pasión con carácter dinámico que la venganza. El que se la hizo una vez, se la paga aunque sea á la vuelta de muchos años; él no olvida nunca. Pelean dos peladitos, se hieren, procuran y consiguen ocultar el hecho á la policia, se curan clandestinamente, se vuelven á encontrar en la calle, se enzarzan otra vez, se vuelven á herir, y así sucesivamente, como los gallos finos de pelea. Conoce la justicia del asunto. . . . El herido nunca declarará quién lo hirió. Quiere tomarse la venganza por su mano, y mientras se vea con un hábito de vida, no dará la menor luz sobre el asunto. Se sobreesee el proceso por no encontrar delincuente, porque el herido á todo contesta «quién sabe»; se cura éste, sale del hospital, y el mismo día, ó á más tardar al otro, mata ó hiere al que le hirió. El cual tampoco confiesa una palabra ante la justicia, sino que espera pacientemente á quedar sano y entonces se repite la misma escena, hasta que uno de los dos combatientes queda muerto. Individuos hay y en abundancia, que salen de la cárcel después de haber pasado ocho ó diez años en ella y el mismo día de su salida mata á otro, por resentimientos anteriores á su entrada, guardados cuidadosamente durante todo ese tiempo.

Entrará nuevamente en la cárcel, acaso

por lo que le quede de vida, pero ¿qué le importa? Lo mismo está en la cárcel que en cualquier otro lado. Con esa indiferencia, con esa pasividad, con ese supremo desdén, con ese no importarles nada, ni la vida. ¿Qué efecto pueden surtir las leyes ni qué van á atemorizarles los castigos?

LA CRIMINALIDAD

Creo que sea esta una de las más poderosas fuentes de investigación para conocer el carácter de un pueblo, sus condiciones de adelanto, su parte psicológica. En cuanto se mida su cantidad consultando la estadística tendremos la moralidad de ese pueblo, de esa raza y no es en esos campos en los que pretendo yo espigar ahora. En cuanto se estudie su calidad, daranos la medida de su civilización y de la amplitud de sus ideales, así como el temperamento reinante en sus individuos. Juzgo yo que estudiando, no el número, sino la clase de crímenes que comete un pueblo, es como llega á formarse idea de su adelanto intelectual al mismo tiempo que de su idiosincracia y de su carácter orgánico, en general. Allí donde la civilización es más refinada, donde la vida intelectual es más sobresa-